

ofidos, los carrillos hinchados de patata cocida, se contiene; pero va a saltar si la señora de Lepic no se levanta en seguida de la mesa, porque en las narices de sus hijos y de su hija la tratan como a lo peor de lo peor...

LA TROMPETA

ESTA mañana el señor Lepic acaba de llegar de París. Abre el baúl, y de él salen regalos para Félix, el hermano mayor, y para Ernestina, la hermana; buenos regalos, con los cuales precisamente (¡miren qué coincidencial!) estuvieron soñando toda la noche. Luego el señor Lepic, con ambas manos a la espalda, mira maliciosamente a Zanahoria, y le dice:

—Y tú, ¿qué es lo que prefieres? ¿Una trompeta, o una pistola?

A la verdad, más peca Zanahoria de

prudente que de temerario. Preferiría la trompeta, porque no se le dispara a uno en la mano; pero siempre oyó decir que un muchacho como él no puede jugar en serio más que con armas, con sables, con máquinas de guerra. Ha llegado a la edad de oler a pólvora y exterminar objetos. Su padre conoce a los hijos; habrá traído lo más indicado.

—Prefiero la pistola—dice con timidez, seguro de que adivina.

Y hasta se pasa un poco de la raya, añadiendo:

—No vale la pena de tenerla escondida: la estoy viendo.

—¡Ah!—dice el señor Lepic, cortado.—

¿Prefieres la pistola? ¿Has cambiado de gustos?

En seguida Zanahoria vuelve sobre sí:

—No, papá; mira, fué una broma. No

tengas cuidado; detesto las pistolas. Dame en seguida mi trompeta, para que veas cómo me gusta soplar.

LA SEÑORA DE LEPIC

Entonces, ¿por qué mientes? Para causarle pena a tu padre, ¿verdad? Cuando a uno le gustan las trompetas, no dice que le gustan las pistolas; y, sobre todo, no dice uno que ve pistolas cuando no ve nada. De modo que, para que aprendas, ni pistola ni trompeta tendrás. Mírala bien: tres borlas encarnadas tiene, y una bandera con franja de oro. Ya la has visto bastante. Ahora vete a la cocina, a ver si estoy allí. ¡Ahueca, trota y chúpate el dedo!

En lo más alto del armario, sobre una pila de ropa blanca, arrollada en sus tres

borlas encarnadas y en su bandera con franja de oro, la trompeta de Zanahoria espera quien vaya a soplar en ella, inexpugnable, invisible, muda como la del juicio final.

EL MECHÓN

Los domingos la señora de Lepic exige que sus hijos vayan a misa. Los ponen guapos, y Ernestina, la hermana, se encarga de dirigir el tocado de ellos, a trueque de retrasar el suyo. Escoge las corbatas, lima las uñas, distribuye los libros de misa, y da el más gordo a Zanahoria. Pero, sobre todo, unta de pomada a sus hermanos.

Lo hace con verdadero furor.

Si Zanahoria, pasivo, deja hacer, Félix, el hermano mayor, advierte a su hermana

que acabará por enfadarse, y ella le engaña:

—Esta vez—dice—me he dejado llevar, y no lo he hecho ex profeso; pero te juro que desde el domingo que viene ya no te la pongo.

Y siempre se las arregla para ponerle un pegote de un dedo de espesor.

—¡Aquí va a haber algo gordo!—dice Félix, el hermano mayor.

Esta mañana, envuelto en su toalla, baja la cabeza, mientras Ernestina, la hermana, finge, como siempre, que no se da cuenta de nada.

—Mira—le dice ella,—te obedezco; no refunfuñes; mira el tarro en la chimenea, tapado. ¿Soy o no soy amable? Pero eso no tiene mérito. A Zanahoria habría que ponerle cemento; pero a ti..., tú no necesitas pomada. El pelo se te riza y ahueca solo. Tienes la

cabeza como una coliflor, y lo que es esta raya no se te quita hasta la noche.

—¡Gracias!—dice Félix, el hermano mayor.

Se yergue sin desconfianza. Ni siquiera se asegura, como de costumbre, pasándose la mano por el pelo.

Ernestina, la hermana, acaba de acicalarle; le emperifolla y le pone unos guantes blancos de filadiz.

—¿Está ya?—pregunta Félix, el hermano mayor.

—Reluces como un príncipe—dice Ernestina, la hermana.—Sólo te falta la gorra. Ve a buscarla al armario.

Pero Félix, el hermano mayor, se equivoca. Pasa por delante del armario, corre al aparador, lo abre, echa mano a una botella llena de agua, y se la vacía sobre la cabeza con tranquilidad.

—Ya te lo advertí, hermana—dice.—No me gusta que se burle nadie de mí. Eres aún demasiado chica para tomarle el pelo a un veterano. Si lo vuelves a hacer, tu pomada va a parar al río.

Pegado el pelo, chorreando el traje de los días de fiesta, empapado todo, espera a que le muden o a que el sol le seque; lo que prefieran: lo mismo le da.

—¡Qué tío!—dice para sus adentros Zanahoria, inmóvil de admiración.—No teme a nadie; y si yo tratara de imitarle, todos se echarían a reír. Más vale dejarles creer que no detesto la pomada.

Pero en tanto que Zanahoria se resigna con un corazón consuetudinario, sin que lo sepa, sus cabellos toman venganza por él.

Sometidos a viva fuerza, por algún tiempo, bajo la pomada, se hacen los muertos; luego se desentumecen, y en un empuje

invisible abollan su ligero molde reluciente, lo resquebrajan, lo revientan.

Es como el deshielo de un rastrojo.

Y a poco el primer mechón se empina en el aire, derecho, libre.

EL BAÑO

COMO pronto van a dar las cuatro, Zanahoria, febril, despierta al señor Lepic y a Félix, el hermano mayor, que duermen a la sombra de los avellanos del jardín.

—¿Nos vamos?—dice.

FÉLIX

Vamos. ¿Llevas los taparrabos?

EL SEÑOR LEPIC

Aun debe de hacer demasiado calor.

ZANAHORIA

FÉLIX

A mí, cuando hay sol, me gusta más.

ZANAHORIA

Y tú, papá, estarás mejor a la orilla del agua que aquí. Te podrás tender en la hierba.

EL SEÑOR LEPIC

Andad delante, y despacito, no cojáis una insolación.

Pero Zanahoria acorta el paso a duras penas y siente hormiguillo en los pies. Lleva al hombro su taparrabo severo, sin dibujo, y el taparrabo rojo y azul de Félix, el hermano mayor. Animada la faz, charla, canturrea entre dientes y da sal-

tos por encima de las matas. Nada en el aire, y dice a Félix, el hermano mayor:

—¿Verdad que estará buena? ¡Y que no vamos a arrear hoy!

—¡No eres tú poco valiente!—responde Félix, el hermano mayor, desdeñoso y seguro.

En efecto: Zanahoria se calma de repente.

Acaba de saltar, antes que todos, con ligereza, una tapia baja de pedruscos, y el río, mostrándose de pronto, corre delante de él. Ya no es cosa de risa.

Unos reflejos glaciales espejean en el agua encantada.

Chapotea como si rechinara los dientes, y despide un olor soso.

Se trata de meterse en ella, de estarse allí dentro y de hacer algo mientras el señor Lepic va contando en su reloj los

minutos reglamentarios. Zanahoria se estremece. El valor, que azuzaba para que le durase más, también hoy le falla en el momento oportuno; y el aspecto del agua, que de lejos atraía, le llena de angustia.

Zanahoria empieza a desnudarse algo retirado. No quiere ocultar tanto su delgadez y sus pies, como temblar solo, sin que le dé vergüenza.

Va quitándose prenda a prenda la ropa y doblándola cuidadosamente sobre la hierba. Se le enredan las cintas de los zapatos, y no acaba nunca de desenredarlas.

Se pone el taparrabo, se quita la camisa corta, y, puesto que está sudoroso como el caramelo largo que se rezuma en su ceñidor de papel, espera un ratito.

Ya Félix, el hermano mayor, se ha posesionado del río y lo saquea como si fue-

se suyo. Le da manotones, le muele a patadas, hace saltar espuma, y, terrible en medio del agua, va echando hacia la orilla el rebaño de las olas coléricas.

—¿No te decides, Zanahoria?—pregunta el señor Lepic.

—Me estaba secando—dice Zanahoria.

Al cabo se determina; se sienta en el suelo, tantea el agua con el dedo gordo del pie, aplastado por las botas, sobrado estrechas. Frótase al mismo tiempo el estómago, que tal vez aun no ha acabado de digerir. Y luego se deja resbalar a lo largo de las raíces.

Le arañan éstas las pantorrillas, los muslos, las nalgas. Cuando el agua le llega a la barriga, a punto está de salirse y escapar. Le parece que un cordel mojado se le va arrollando poco a poco al cuerpo, como si él fuese un trompo. Pero el terrón

en que se apoya cede, y Zanahoria se cae, desaparece, manotea y vuelve a salir tosiendo, escupiendo, sofocado, ciego, aturdido.

—¡Buen chapuzón, hijo!—le dice el señor Lepic.

—¡Vaya!—exclama Zanahoria.—Por más que eso no me gusta mucho que digamos. Se me mete el agua en los oídos, y después tengo dolor de cabeza.

Busca un sitio en que pueda aprender a nadar, es decir, a menear los brazos, andando de rodillas por la arena.

—Te das demasiada prisa—le dice el señor Lepic.—No agites esos puños apretados como si fueras a arrancarte los pelos. Mueve esas piernas, que se están sin hacer nada.

—Más difícil es nadar sin ayuda de piernas—dice Zanahoria.

Pero Félix, el hermano mayor, no le deja aplicarse, y le molesta sin cesar:

—Ven aquí, Zanahoria, que hay más fondo. Yo no hago pie; me hundo. Mírame. Espera. ¿Me estás viendo? Pues, atención, que ya no me ves. ¡No te muevas! ¿A que llego hasta donde estás en diez brazadas?

—Yo las contaré—dice Zanahoria tiritando, con los hombros fuera del agua, inmóvil como un verdadero guardacantón.

Otra vez se agacha para nadar. Pero Félix, el hermano mayor, se le encarama por la espalda, se tira de cabeza, y dice:

—Ahora tú, si quieres, súbete encima de mí.

—¡Déjame dar la lección con tranquilidad!—dice Zanahoria.

—¡Bueno—grita el señor Lepic;—afuera! Venid a tomar una gota de ron cada uno.

—¿Ya?—dice Zanahoria.

En aquel momento no quisiera ya salir. No ha sacado bastante provecho del baño. El agua, cuando hay que salirse, deja de darle miedo. Hace un momento, de plomo, ahora de pluma, se resiste con una especie de valor heroico, desafiando el peligro, dispuesto a jugarse la vida por salvar a alguien; hasta desaparece bajo el agua por su propia voluntad, para saborear la angustia de los que se ahogan.

—¡Date prisa—exclama el señor Lepic,—o tu hermano Félix se bebe todo el ron!

Aunque a Zanahoria no le gusta el ron, dice:

—A nadie le cedo mi parte.

Y se la echa al colete como un veterano.

EL SEÑOR LEPIC

No te has lavado bien; tienes todavía mugre en los tobillos.

ZANAHORIA

Es tierra, papá.

EL SEÑOR LEPIC

No; es mugre.

ZANAHORIA

¿Quieres que me meta otra vez, papá?

EL SEÑOR LEPIC

Mañana te la quitas; ya volveremos.

ZANAHORIA

¡Qué gusto! ¡Con tal que haga buen día!...

Va secándose con la punta del dedo en los rincones enjutos que Félix, su hermano mayor, no llegó a mojar de la toalla, y pesada la cabeza, desollado el gaznate, se ríe a carcajadas de la gracia con que su hermano y el señor Lepic bromean a propósito de los dedos amorcillados de sus pies.

HONORINA

LA SEÑORA DE LEPIC

PUES ¿qué edad tiene usted, Honorina?

HONORINA

Sesenta y siete hice por los Santos, señora Lepic.

LA SEÑORA DE LEPIC

Ya es usted vieja; ¡pobrecilla!

HONORINA

Eso no es nada cuando puede una tra-

ZANAHORIA

bajar. Nunca estuve enferma. Creo que los caballos no son tan duros como yo.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Quiere usted que le diga una cosa, Honorina? Usted se va a morir de repente. Una noche, al volver del río, sentirá usted que el cuévano le pesa más, que le cuesta mayor trabajo empujar la carretilla que las demás noches; se caerá entre las varas, de bruces sobre la ropa húmeda, y se acabó. Cuando vayan a levantarla, muerta.

HONORINA

Me hace usted reír, señora Lepic. No tema; piernas y brazos todavía rigen.

LA SEÑORA DE LEPIC

Está usted un poco encorvada, es cierto. Pero cuando la espalda se arquea, no

tiene una tanta fatiga en los riñones al lavar. ¡Lástima que vaya perdiendo la vista! ¡No me diga que no, Honorina! Lo vengo notando hace algún tiempo.

HONORINA

¡Ca! Tan claro veocomo cuando me casé.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Vaya! Abra la alacena y déme un plato; uno cualquiera. Si seca usted la vajilla como es debido, ¿por qué está empañada?

HONORINA

Hay humedad en la alacena.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Y hay también en la alacena dedos que se pasean por los platos? Mire este chafarrinón.

HONORINA

¿Cuál, señora? Haga el favor de decirme, que yo no lo veo.

LA SEÑORA DE LEPIC

Eso es lo que le echo en cara, Honorina. Óigame. No digo que se abandone, porque no tendrfa razón: en todo el país no conozco mujer que la iguale en cuanto a energía; sólo que va usted haciéndose vieja. También yo me hago vieja, todos nos hacemos viejos, y ocurre que la buena voluntad ya no basta. Apostaría a que de vez en cuando siente usted una tela sobre los ojos. Y por mucho que se los frote, allí sigue.

HONORINA

Pues bien que los abro, y menos turbio

veo que si tuviese la cabeza metida en un cubo de agua.

LA SEÑORA DE LEPIC

Sí, sí, Honorina, créame. Ayer mismo dió usted al señor Lepic un vaso que estaba sucio. Yo no dije nada, para no disgustarla armando un jaleo. El señor Lepic tampoco dijo nada. Nunca dice nada; pero nada se le escapa. Pasa por indiferente. ¡Qué error! Observa, y todo se le queda grabado detrás de la frente. No hizo más que apartar con el dedo su vaso, y tuvo el valor de almorzar sin beber. Yo estuve padeciendo por usted y por él.

HONORINA

¡Diablo con el señor Lepic! ¡Gastar cumplidos con su criada! No tenía más

que hablar, y yo le hubiera cambiado el vaso.

LA SEÑORA DE LEPIC

Es posible, Honorina; pero otras más listas que usted no logran hacer hablar al señor Lepic cuando está decidido a callarse. Yo misma he renunciado a ello. Además, la cuestión no es ésa. Me explicaré. Usted tiene cada día la vista más débil. Si el mal no es grande cuando se trata de un trabajo de bulto, como la colada, ya no le convienen los trabajos finos. Aunque se aumenten los gastos, de buena gana buscaría alguien que la ayudase.

HONORINA

Yo no haría nunca migas con otra mu-

jer que se me pusiera por delante, señora Lepic.

LA SEÑORA DE LEPIC

Eso iba yo a decir. De modo que... Con franqueza: ¿qué me aconseja usted?

HONORINA

Todo irá bien de este modo hasta que me muera.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Morirse! ¿Piensa usted en esas cosas, Honorina? ¡Si es capaz de enterrarnos a todos, y así se lo deseo!... ¿Se figura usted que yo voy a esperar a que se muera?

HONORINA

Pero ¿no tendrá usted intención de despedirme porque haya pasado mal un trápo?

Y, además, que no me voy de su casa como usted no me ponga de patitas en la calle. Porque una vez fuera, ya no podré más que reventar.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Quién habla de despedirla, Honorina? Ya se le subió la sangre a la cabeza. Estamos hablando las dos como buenas amigas, y de pronto se me enfada y dice unas tonterías más grandes que un templo.

HONORINA

¡Hombre! ¿Y qué seguridad tengo yo...?

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Y yo? Usted no va perdiendo la vista por culpa suya, ni por culpa mía tampoco. Espero que el médico la curará. Eso suele curarse. Entretanto, ¿cuál de las dos está

más molesta? Usted ni siquiera sospecha que los ojos se le van echando a perder, y la casa es quien lo paga. Se lo advierto por caridad, para evitar accidentes, y, además, porque me parece que algún derecho tengo a hacer con dulzura una observación.

HONORINA

Todas las que usted quiera. Con toda confianza, señora Lepic. Por un momento me he visto en la calle; pero usted me tranquiliza. Yo, por mi parte, cuidaré de mis platos; se lo prometo.

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué otra cosa pido yo? Soy más buena de lo que dicen, Honorina, y no he de privarme de su servicio, a no ser que usted me obligue absolutamente a ello.

HONORINA

En ese caso, señora Lepic, ni una palabra más. Por ahora me creo útil; y si usted me echara, gritaría que era una injusticia. Pero el día que me dé cuenta de que soy una carga y de que ni siquiera sé ya poner a calentar una caldera de agua a la lumbre, me iré en seguidita, yo sola, sin necesidad de que me empujen.

LA SEÑORA DE LEPIC

Y sin olvidar, Honorina, que siempre quedará para usted en casa un poco de sopa.

HONORINA

No, señora Lepic; sopa, no; pan solo. Desde que la tía Maïtte no come más que pan, dice que no se muere.

LA SEÑORA DE LEPIC

—¿Y sabe usted que lo menos tiene cien años? ¿Y sabe usted otra cosa, Honorina? Los pobres de pedir limosna son más felices que nosotros; yo soy quien lo dice.

HONORINA

—Ya que usted lo dice, lo mismo digo yo, señora Lepic.

LA CALDERA

RARAS son para Zanahoria las ocasiones en que puede mostrarse útil a su familia. Metido en un rincón, las espera al paso. Puede escuchar, sin opinión preconcebida, y, llegado el momento, salir de la sombra, y como persona reflexiva, única que conserva toda su serenidad entre gentes perturbadas por las pasiones, tomar en sus manos la dirección de las cosas.

Adivina, pues, que la señora de Lepic necesita un auxiliar inteligente y seguro. No lo ha de confesar, por cierto: tan alternativa es. Llegarán a un acuerdo tácito, y